

## Los que encontré en el camino



"Puig y Cadafalch" dibujo de Mascaró.

# Josep Puig i Cadafalch

per

**Camil Geis, pvre.**

Recuerdo con emoción el recibimiento apoteósico que en el año 1921 tributó la ciudad de Gerona a Josep Puig i Cadafalch, a la sazón presidente de la «Mancomunitat de Catalunya», el cual venía a actuar de Mantenedor-Presidente de los «Jocs Florals» que, desde principios de siglo celebraba anualmente la ciudad de los tres ríos y de las tres coronas de inmortalidad, con ocasión de las Ferias y Fiestas de San Narciso, en el día de Todos los Santos.

Los jóvenes estudiantes sentíamos una gran admiración por el ilustre arquitecto, doblado de arqueólogo, que, en aquellos momentos ostentaba la máxima magistratura de Catalunya.

Repasando el volumen conmemorativo de aquellos «Jocs Florals», nos damos cuenta de la categoría literaria que obtuvieron. Basta con citar nombres de autores que fueron premiados en aquel tradicional certamen: Salvador Albert, Miquel de Palol, Josep Carner, Tomàs Garcés, Domènec Juncadella, Octavi Saltor, Prudenci Bertrana, Melcior Font, Carles Soldevila, Fages de Climent, Tomàs Roig i Llop...

¡Lástima que el discurso del Mantenedor -Presidente no hubiera sido incorporado íntegro en aquel volumen conmemorativo! Repasando los fragmentos que en él figuran, constatamos la coincidencia de ellos con el recuerdo que conservamos del discurso presidencial de Josep Puig i Cadafalch, y esto, pasados tantos años. Después de evocar las figuras más representativas del movimiento literario de Gerona y de extenderse en consideraciones sobre la arqueología de la que ha sido llamada la «ciutat de pedra», Puig i Cadafalch pasó al tema central del discurso, que fue una sabia glosa de esta frase: tal como las ideas van ordenándose unas sobre otras, con la misma armonía va levantándose un edificio. Fue un gran discurso académico, revelador de la relevante personalidad del arquitecto, doblado de arqueólogo.

Puig i Cadafalch pasó en su vida por dos momentos emocionales muy dispares: primero, experimentó el inefable gozo de verse el inmediato sucesor del primer presidente de la gloriosa «Mancomunitat de Catalunya», Enric Prat de la Riba —¡y qué presidente!—, y, después, pasó por el indecible dolor de ver arrebatado de sus manos el bastón de mando de aquel organismo mancomunador de las 4 Diputaciones Catalanas, por la Dictadura de Primo de Rivera que lo traspasó a manos ajenas al espíritu de nuestra tierra. En estos años moría, sin pena ni gloria nuestra «Mancomunitat».

Este dolor hizo mella en su alma. Tengo para mí que una nube de tristeza le acompañó durante toda su vida, no tanto por lo que la muerte de la «Mancomunitat» podía representar de fracaso personal en su carrera política como por lo que dicha desaparición suponía de frustración del despliegue de la personalidad de una tierra renaciente que él tanto amaba y con tanto celo había servido.

Puig i Cadafalch sobrevivió a la guerra desencadenada en 1936.

Después de la lucha fratricida, la cultura catalana había naufragado en el oleaje de la contienda, pero él no perdió ni un sólo momento la esperanza en un nuevo renacimiento, y fue un asíduo asistente a las veladas literarias que en hogares acogedores de algunos próceres ciudadanos de Barcelona tuvieron lugar en los primeros años de la posguerra. En ellos alternaron las lecturas de poetas ya consagrados con las de jóvenes llamados a recoger la sagrada antorcha.

Dignos de ser recordados son los nombres de aquellos próceres que abrieron las puertas de su hogar a dichos encuentros literarios. Mencionaré aquellos que yo he conocido: el arquitecto Bonet, el orfebre Sunyer, el escritor Iglésies y el poeta Mitjans.

Yo frecuenté algunas de estas veladas literarias y en tres de ellas llevé la voz cantante. En el hogar de los Sunyer dí a conocer el libro inédito «Fulles d'heura» que tardé varios años en poder lanzar a la publicidad. Entre los concurrentes en aquella lectura figuró Puig i Cadafalch, junto con su esposa, ya muy envejecidos. Después de la lectura, yo me adelanté a saludarle. Le recordé el recibimiento apoteósico —evocado al principio de este artículo— que le tributó en el año 1921 la ciudad de Gerona. Puig i Cadafalch me manifestó la gran emoción que había experimentado al comprobar que había alguien que recordaba aquella jornada vivida en el cénit de su histórica gloria, tantos años después.

El gran arqueólogo sobrevivió al frustrado político. Hablar de Puig i Cadafalch es recordar «L'arquitectura romànica a Catalunya», la obra que le convirtió en uno de los más autorizados tratadistas e historiadores del arte románico, dentro y fuera de nuestras fronteras. El éxito de

esta obra magna le abrió de par en par las puertas de la Sorbona, donde dio un curso sobre la arquitectura románica catalana, en el año 1923, lecciones que repitió, al año siguiente, en la Universidad de Harvard.

En 1927 fue nombrado miembro correspondiente del Instituto de Francia y doctor «honoris causa» por las Universidades de Freiburg, París y Harvard.

Quien quiera conocer a fondo la personalidad polifacética de Puig i Cadafalch puede consultar el «Diccionari Biogràfic», d'Albertí, que le dedica una extensa biografía. Extenderse en este sentido, sería repetir cosas sabidas o, casi exhaustivamente registradas en dicho diccionario.

Pero algo quisiera remarcar, y es que si Prat de la Riba mereció ser llamado «Seny ordenador de Catalunya», Puig i Cadafalch podría ser calificado de «Arquitecto estructurador de Catalunya». Este título póstumo respondería a su profesión puesta al servicio de la reconstrucción del edificio moral y material de la Catalunya renaciente. Si aquellas estructuras tambalearon y se desmoronaron, no fue por la impericia del sabio arquitecto ni por inconsistencia de los materiales empleados en la construcción, como ya hemos anteriormente anticipado.

Es de justicia recordar con qué entusiasmo y acierto propulsó las instituciones patrocinadas por la «Mancomunitat de Catalunya». De una manera especial el «Institut d'Estudis Catalans» y la «Biblioteca de Catalunya», hoy Biblioteca Central. Organizó los Museos de Arte de Barcelona y dio gran impulso a las excavaciones de Ampurias y Tarragona.

En total, una extraordinaria dedicación al fomento de la cultura catalana.

Nacido en Mataró en 15 de octubre de 1869, moría en Barcelona en diciembre de 1956.